

CURRO LIMONES, LA GRAN FAENA DE MI VIDA

Autor: Julio Jiménez Cordobés

Me llamo Francisco Ruiz Limones, aunque me llaman ¡Curro Limones! Nací en una fría mañana del 21 de febrero de 1937, en un pequeño pueblo de la campiña sevillana: La Luisiana. Me gustaría contaros “la gran faena de mi vida”.

Así comienza este viaje por mi memoria. Soy un torero de raza, nacido en nuestro pueblo, que lidió con la gloria, con la dureza de los tiempos que me tocó vivir y sobre todo, con la vida misma, como si de un toro difícil se tratara. No todas las faenas se hacen en el ruedo. Algunas se hacen con el alma.

Mi padre se llamaba Rafael Ruiz Enri; mi madre, Dolores Limones Sánchez. Cuando a penas tenía dos años ella falleció. Recuerdo que me eché encima de ella, desconsolado, mientras una vecina gritaba:

—¡Quitad al niño de su mumá, que no la toque, por Dios! ¡Dolores ha muerto del piojo verde, una enfermedad muy contagiosa!

La pobrecita falleció de tifus epidémico, transmitido por la picadura del piojo humano. Las terribles condiciones de vida (*hambruna, miseria*), unido a la falta de higiene favorecían esa dolencia.

Hasta ese fatídico día, vivíamos en un chozo en la calle Giralda, justo al lado de unos almacenes que tenía el Ayuntamiento. Estaba dividido en dos partes: una, techada con palmas trenzadas, se usaba como vivienda; la otra, sin cubrir, estaba destinada a guardar animales, cocinar, hacer nuestras necesidades: el corral.

Recuerdo que las paredes principales se alzaban desde el suelo, construidas con tierra mojada, paja y cal. En su interior había dos habitaciones, dejando la zona central como comedor. Unas cortinas tejidas con tela de sacos hacían de puertas para los dormitorios. En el redil estaban nuestros animales; al fondo, un pequeño cobertizo hacía las veces de cocina, junto con el baño: el resto del patio. No teníamos intimidad, pero estábamos acostumbrados a esa forma de vida. A pesar de la pobreza, aquel humilde rincón era nuestro refugio; allí aprendimos a compartirlo todo, a sentir que, mientras estuviéramos juntos, siempre tendríamos un hogar.

La pérdida de mi progenitora me rompió la vida pero ver que mi padre al poco tiempo se casó con una señora viuda llamada “Lolilla la Redondela” me dejó el corazón hecho

cenizas. Nos fuimos a vivir con ella y su hija. La convivencia fue terrible, mi madrastra fue muy mala conmigo, no me aceptaba, me maltrataba; recuerdo en una ocasión que me mandó por una caja de cerillos para encender la lumbre, me entretuve más de la cuenta jugando, encendiendo y apagando algunos de ellos con la mala suerte de que me vio desde la puerta ¡No se me olvida la paliza que me dio!

El señorito del cortijo Mingoandrés, donde mi padre trabajaba cuidando los animales, nos obligó a vivir en las yegüerizas. Así que nos tuvimos que mudar nuevamente a unas dependencias de una sola habitación, con una sola cama, donde no había sitio para mí. En ella dormía mi padre con mi madrastra, a los pies, mi hermanastra. Yo tenía que ingeniármelas para pasar la noche; a veces en la cocina, encima de la mesa o entre las sillas, buscando las ascuas de la hornilla para calentarme, otras veces me metía en el pesebre de pajas de la cuadra, intentando escapar del frío de la noche. Al amanecer ya estaba en pie ordeñando cabras, cuidando de los cerdos o barriendo el gallinero. Aquellos días me marcaron; sentía que la infancia se me escapaba entre el frío y la soledad.

Del Cortijo Mingoandres pasamos al molino de Galván entre Ecija y Fuente Palmera, de allí, al molino El Prado en Cerro Perea. Fue precisamente en esos trabajos de mi padre; siempre con animales, rodeado de rastros, corrales, donde comenzaron a despertarse mis primeras inquietudes taurinas. Observaba a los novillos, a las vacas, aprendiendo su temple, sus movimientos; no tardé en sentir la necesidad de probar, de jugar con ellos, de hacer mis primeros pases. Aquellos instantes de complicidad con los animales me ofrecían un respiro, un espacio donde podía sentirme seguro, lejos de las palizas y del frío. Allí, en medio de la campiña, nacía poco a poco el torero que siempre llevaba dentro.

Pasaban los años, empecé a tener amigos; entre ellos siempre estará José Delis, “El Campiñé”, compañero de afición, de aventuras, ¡De vida! Desde muy pequeños empezamos a irnos por los encerrados a torear. *Aprendimos a ser **hombres del toro** en mitad del campo, entre sueños y embestidas de vaquillas.*

Donde hubiera un festival taurino o una novillada, allí estábamos, recorriendo los pueblos de la comarca. Nuestro objetivo era lanzarnos de espontáneos para demostrar nuestras maneras de toreros. Salté al ruedo en más de siete ocasiones, acumulando multas y noches en cárceles como en Marchena, donde toreaba Curro Romero ante una gran expectación. Aquella vez, El Ecijano y yo saltamos al albero, sin saber qué nos esperaba.

El calabozo era un infierno: apenas tres o cuatro metros, ratas por todos lados, un banco para sentarse, una acequia llenaba el aire de un olor nauseabundo. El frío junto al miedo te calaban hasta los huesos. Menos mal que nos dejaron salir a la mañana siguiente.

Esos días me enseñaron más que cualquier plaza: a medir el riesgo, a controlar los nervios, a templar el corazón.

Por las noches caminábamos por la cañada Real “Madre de Fuentes”, paralelo al arroyo hasta el encerrado de D. Felix Moreno Ardanuy actualmente llamada ganadería el Saltillo. Con mucho tiento salvábamos la alambrada; con la luz de la luna empezábamos a tentar a algunas vaquillas:

—Anda, despacito, que la alambrada está bajita pero traicionera —me susurraba José Delis mientras tanteaba el suelo con las manos.

Yo, con el corazón latiéndome en la garganta, respondía:

—Tranquilo, Campiñé, que esta no es la primera vez que la cruzamos, ni será la última.

Con mucho tiento salvábamos la valla, dentro del cercado, el silencio lo rompía solo el crujir de la hierba seca bajo nuestros pasos. La luna, testigo fiel de nuestras locuras, alumbraba lo justo para ver las sombras moverse al fondo.

—¿La ves? —decía yo, señalando apenas con la barbilla—. Aquella vaquilla es buena pa tentar. Tiene mirada brava.

—Pues venga, maestro —respondía José con media sonrisa—, que esta noche hay faena.

Yo agarraba aquel trapo con el respeto de quien sujeta un sueño. No era un capote de seda, sino un harapo prestado a la miseria. Le salí al paso con una verónica larga, templada, sintiendo cómo el cuerpo se quedaba atrás mientras la vaquilla obedecía a la tela como si de verdad estuviera en una plaza.

—¡Olé! —soltó José bajito, entusiasmado—. Échale ahora un natural, que la tienes metida en el canasto.

Y así lo hice. Con la izquierda bien firme, la vaquilla pasó pegadita. Luego vino el derechazo, más tarde, un pase de pecho que rematé como si estuviera en la mismísima Maestranza.

—¡Si nos pillan nos meten preso otra vez! —rio José entre dientes.

—Que nos quiten lo toreao, Campiñé —le dije sin dejar de mirar a la luna— ¡Esta faena no la olvido yo en mi vida!

Esa noche nos salió todo bien, incluso no nos molestaron los mayores, o encargados de la ganadería que continuamente vigilaban los límites de la finca. Otras veces no

teníamos tanta suerte. Recuerdo que otro día llegando a las alambradas del encerrado íbamos varios conocidos del pueblo, entre todos hicimos una honda con palmas por si se presentaba algún mayoral tirarles piedra; el ganadero nos cogió desprevenido porque se presentó por fuera del encerrado por la Cañada Real, se nos echó encima con una gran garrocha en las manos. El primero en caer fue Francisco el Chichi, el abuelo del cantante de nuestro pueblo Carlos Kávila. Mi amigo y yo nos refugiamos entre las aneas del Charco de Lora. Parece que lo estoy viendo:

—¿Te acuerdas de aquella noche que íbamos cinco o seis, buscando vaquillas? — empezó diciendo Campiñé con media risa— ¡La de la honda y el garrotazo!

—¿Cómo no me voy a acordar? —le dije—. ¡Aquello fue de película! Llevábamos una honda por si venía el ganaero pa tirarle piedras, pero claro, de lejos, que aquello era un hombre serio.

—Y se presentó, ¿te acuerdas? Por fuera del encerrado, por la Cañada Real. Venía con la garrocha en la mano. Se fue directo a Francisco el Chichi, y ¡zas!, le metió un garrotazo que lo tiró al suelo.

—Cuando vi eso, te lo dije: ¡Vámonos, Campiñé, que esto se pone feo!

—Y salimos escopetados pa'l charco de Lora —continuó él—. Nos escondimos entre las aneas, agachados, sin respirar casi.

—Pero el ganaero nos vio —añadí—. Se vino directo pa nosotros y de un salto nos metimos en el charco. ¡Con la ropa y tó! ¡Y era uno de febrero, compadre, un frío que se te clavaba en los huesos!

—Nadábamos como si nos persiguiera el mismo diablo. Cruzamos el charco entero a nado, tiritando, hasta que salimos al otro lao.

—Y venga a correr por los llanos, con la ropa empapada, hasta que dimos con un chozo.

—Allí había una mujer. Le pedimos una cerilla, nos dio una; prendiendo fuego a una palma grande.

—Nos quedamos los dos temblando junto a la hoguera, hasta que nos secamos. No sé si nos salvamos del ganaero o del resfriado.

—De los dos —dije, riendo—

Al encerrado de Don Félix íbamos casi un día sí y otro también. Nuestra afición era tan grande que no nos importaba correr riesgos. Aún vive en mí aquella noche en que José

Delis se llevó una yegua para hacer el viaje hasta la finca, más cómodo, pero lo que más me sorprendió fue que la metió también dentro del encerrado.

Qué pena de animal. Una vaca se la tomó con ella, la destrozó sin piedad. Aquello fue un desastre. Los animales no entienden de cariño, solo de instinto. Entre vacas y yeguas, aprendíamos también la dureza de la naturaleza. Fue en esos momentos donde realmente se forjaba un torero.

Otro día entramos al encerrado por una alambrada. Venía uno con una yegua, un hombre del Cortijo de los Marroquies, era de noche. Cuando íbamos para dentro, vi a lo lejos la llama de un mechero, la luz de un cigarro. Le dije al compañero:

—¡Sal de aquí, sal del encerrado! —.

Salió corriendo con la yegua y yo detrás de él. De pronto sonaron dos tiros. Me tiré por debajo de la alambrada destrozándome toda la chaqueta, pero salimos ilesos corriendo por el camino de regreso al pueblo.

Jamás se borrará de mi memoria un día en el rastrojo de Don Félix Moreno. Se lo comenté a Campiñé con una sonrisa que salía del alma:

—¿Te acuerdas de aquella vaca con cara de toro?

—Cómo olvidarlo —me respondió—. Tenía más cuajo que algunos novillos de plaza.

Le apartamos entre los dos, pero cuando me puse delante ¡Madre mía!, qué arrancada tenía. la vaca respondió con una embestida franca, humillando.

Me cuadré, le bajé la mano como si estuviera en Las Ventas. Qué temple, me dije.

Le pegué siete u ocho muletazos, pero de los buenos. Empecé por derechazos, despacito, con la mano baja la vaca embestía con clase. Luego me lie por naturales, ¡Se me vino cosida a la muleta!

—¿Cuántos le pegaste?

—Siete u ocho muletazos, bien medidos. Empecé por el pitón derecho, llevando la embestida larga, por abajo. Me sentí muy seguro. Aquella vaca tenía una nobleza que no se olvida.

—¿Y después?

—Me la eché a la izquierda. La cité con la muleta adelantada, vino con entrega. Fueron tres o cuatro naturales limpios, de mano baja. Luego un cambio de mano por delante, cerrando con un pase de pecho que se la llevó por completo.

—Fue una faena de verdad, Curro. De las que valen más que muchas tardes de luces.

Yo solo pude responder: ¡Ahí es donde se hace el torero, en el rastrojo, con la luna por testigo!

La vida en La Luisiana en aquellos años de posguerra era extremadamente difícil. Sobrevivir significaba pelear contra el hambre, la enfermedad, el miedo constante que imponía el nuevo régimen. En medio de todo aquello, seguía empeñado en mi sueño de ser torero, ¡pero en qué condiciones!

Estaba cansado de mis idas y venidas al campo de Don Félix, agotado de pisar calabozos en los pueblos cercanos cada vez que me tiraba de maletilla en algún festejo. Cada salto al ruedo me costaba una noche entre rejas junto a una multa que no tenía con qué pagar. Fue entonces cuando comprendí que, si de verdad quería llegar a algo, tenía que dar un paso más grande: marcharme a otro lugar, buscar un sitio donde mis oportunidades no se ahogaran antes de nacer.

En uno de esos días en el campo, bajo la luz de los astros que iluminaban la noche comenté a mi mejor amigo:

¡José, Campiñé! —le dije bajito, como quien suelta algo que pesa— *No me puedo quedá aquí más tiempo, quillo.*

—¿Qué te pasa ahora, Curro? —me miró medio riéndose—. *¿Otro lío en el rastrojo o qué?*

—Lío ninguno —respondí— *Lo que pasa es que aquí ya hemos hecho tó lo que podíamos. Si queremos ser alguien hay que volá.*

—¿Volá a dónde? —dijo él, arrugando el ceño— *¿A Écija? ¿A Sevilla?*

—No, hombre. *Más pa'llá.* A Valencia. Dicen que por allí hay más trabajo, más tientas, más campo, más de tó.

—¿A Valencia? ¡Ni que estuviéramos locos, Curro! —se echó a reír, pero con un brillo raro en los ojos.

—Locos estamos ya —le contesté— *Locos por ser toreros, por buscar algo mejor, por no morí aquí sin haberlo intentao.*

—¡*Mi arma!* —Suspiró Campiñé— Si es que tú me metes en tó.

—*Vámonos, José ¡Ahora o nunca!*

Él se quedó callao un momento, mirando al suelo, luego soltó una risa de esas que salen de dentro.

—Venga, Curro, **illo**, que tú me metes en tó ¡Vámonos! *A ver si la suerte nos está esperando allí.*

Al alba, cuando el cielo apenas clareaba, los dos amigos marchamos hacia el restaurante el Volante; mi pueblo lo cruza la carretera nacional IV que une Madrid con Sevilla. Preguntamos a varios camioneros hasta que dimos con un transportista cuyo destino era Gandía. Este hombre se ofreció a llevarnos gratis. Así fue como comenzó nuestra aventura. En el hatillo llevábamos lo justo: un pedazo de pan, algo de tocino curado, una muleta vieja; íbamos ligeros de equipaje, pero cargados de sueños. Buscábamos una vida nueva, una oportunidad que en nuestro pueblo no encontrábamos. Soñábamos con convertirnos en figuras del toreo; sabíamos que triunfar en las plazas podía ser la llave para escapar de la miseria que nos perseguía. Y así, sin tener aún los dieciocho cumplidos, nos sumergimos en uno de los episodios más intensos de nuestras vidas.

Los pocos ahorros que traíamos nos servirían para pagar un par de noches en una habitación alquilada a una señora del pueblo. Aun así, tuvimos suerte para encontrar trabajo: mi amigo entró de albañil, yo pasé a formar parte de la plantilla de *La Vital*, una gran fábrica de transformación de cítricos. Durante varios meses trabajé allí, ganando lo justo para vivir. ¡Por fin! pude retomar mi verdadera pasión: el toreo.

En Xátiva llegó la oportunidad. Me lancé de maletilla al ruedo con el alma en llamas. Nada más plantarme en el albero, le cité de lejos con la muleta apareciendo los primeros naturales templados que hicieron vibrar a los tendidos. Luego, con derechazos medidos llevé al toro con hondura, intercalando pases cambiados por la espalda y trincheras ajustadas que encendieron aún más al público. Cada muletazo tuvo su verdad; el toro respondió con embestidas francas, los “olés” acompañado de aplausos parecían no tener fin. Fue una faena corta, pero llena de arte, de esas que dejan sello.

Como siempre, no me libré de la comisaría esa noche. Pero al amanecer, un aficionado que había visto la faena pagó la multa de 500 pesetas. Aquello, para mí, valió más que cualquier trofeo.

Lo mismo ocurrió tiempo después en una corrida en Gandía, donde, cegado por las ganas de abrirme camino, me lancé otra vez al ruedo. Salté la barrera con el corazón desbocado. Cité al novillo con la muleta, la plaza entera se encendió como una candela. Hubo pases templados por abajo con la mano derecha, una media que arrancó un “¡olé!” redondo y un quite por delante que dejó a más de uno con la boca abierta.

—Killo, ¿te acuerdas de aquella vez en Gandía? —le dije al Campiñé, riéndome por no llorar—. Me llevaban pa la cárcel otra vez, con los municipales agarrándome por los brazos como si fuera un bandolero.

—¡Sí, Curro! —respondió él—. Te veía desde lo alto de la grada, aquello fue de locos. Cada pase de muleta tuyo, ¡uff! parecía que el toro te obedecía solo a ti.

—Pensaba que me estabas diciendo adiós —seguí—.

—¿Adiós? ¡Qué adiós ni qué niño muerto! —contestó él entre risas—. ¡Te estaba gritando que te habían perdonao! “¡Currooo, que te han perdonao, picha mía!”, te lo juro que me dejé la garganta.

—Pues no escuchaba ná, Campiñé, ná de ná —admití—. Solo oía a los guardias decir “pa dentro va”. Me veía otra noche tieso en el calabozo.

—¿Sabes por qué te perdonaron?

—me preguntó, con ese brillo travieso en los ojos—.

—Dímelo tú...

—Porque la plaza se volvió loca, Curro. ¡Loca! Cada pase era un poema: arrancaste con un natural templadísimo, dejando que la muleta acariciara al toro, la grada se quedó en silencio, esperando el siguiente movimiento. Luego vinieron los rechazos, largos, profundos, que hacían girar la cabeza del toro como un reloj. No te olvides de los pases cambiados por la espalda ¡el público gritaba, aplaudía sin parar!

—¿Y la trinchera? —interrumpí, recordando la jugada—.

—¡La trinchera, Curro! Eso fue de locura: te tiraste al límite, con el toro pegado al suelo, la plaza en un suspiro; remataste con los pases de pecho que hicieron temblar hasta a los guardias. Todos quedaron boquiabiertos. Yo gritaba desde mi sitio, tú ni te dabas cuenta.

—Quién lo iba a decir —murmuré—. Que unos pases de muleta me fueran a librar del talego.

—Pases no, Curro —me corrigió, serio—. Toreo del güeno. Eso fuiste tú aquella tarde, por eso te perdonaron. Por tu arte, por tu valor, por hacer que el toro y la plaza hablaran contigo.

La vida empezaba a sonreírnos. Teníamos trabajo, un techo, empezaba a tener éxito en mis andanzas taurinas y, lo más importante: seguíamos juntos, como una pareja de novilleros que se arriman a la suerte. Pero no iba a durar mucho.

Un conocido de mi amigo vino a visitarnos a Gandía. Su familia lo echaba mucho de menos, sobre todo su hermana. Se había marchado de casa siendo casi un chiquillo; aquellas palabras se le quedaron clavadas a José Antonio. Durante las semanas siguientes anduvo fuera de sitio, sin poder sacudirse de la cabeza todo lo que había escuchado. Hasta que un día, sin previo aviso, tomó la decisión que partiría nuestra cuadrilla en dos: se marchó a La Luisiana.

Me quedé solo. Nada era lo mismo. Continué trabajando en la fábrica de zumos; incluso me ofrecieron trasladarme a la Central en Alemania, pero rechacé la propuesta. Mi hambre de toro, mi deseo de abrimme paso en el toreo, pudo más que cualquier contrato.

Pasaron semanas, echaba de menos al Campiñé: sus ánimos en los ruedos, su manera de empujarme para que diera ese pase más, su presencia a mi vera como buen peón de confianza. Sin él, la faena se me hacía cuesta arriba.

Entonces lo tuve claro: era hora de volver a casa.

De vuelta al pueblo me instalé en Écija, trabajando en una empresa de transformación vegetal que tenía el empresario Ramón Freire. Fue en aquella ciudad, tan taurina como hospitalaria, donde conocí a Guillermo, la primera persona que creyó de verdad en mis cualidades. Él me aconsejó que me lanzara al ruedo en una corrida donde lidiaba Manuel Benítez *El Cordobés*. Me armé de valor saltando al albero buscando una oportunidad.

Aquel gesto tuvo recompensa: Guillermo me consiguió mis dos primeras novilladas de verdad, ¡las primeras pagadas! Con ellas llegó mi primer sueldo de torero: 500 pesetas por novillada. La suerte empezaba a acompañarme. Toreé novilladas sin picadores en Cabra, Écija, Arahal etc. En la plaza de Córdoba llegó mi debut con picadores, donde ya cobré 10.000 pesetas.

Después vinieron otros quince ruedos: Alcalá de Guadaíra, Constantina, El Puerto de Santa María etc. plazas que hicieron crecer mi nombre y donde fui dejando atrás mis tiempos de *maletilla*, aquellos días en que saltar al ruedo podía costarte la libertad, pero también abrirte el camino hacia un sueño.

Con Jaime Ostos llevándome los trastos me estrené como novillero en la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, ¡catedral del toreo! Con el primero estuve templado, llevándolo cosido a la muleta, la gente respondió rápido: ¡Una oreja! En el segundo, al entrar a matar, el toro me cazó de lleno; me pegó una voltereta de las que te acuerdas toda la vida, me dejó el pie derecho hecho un trapo. Pero me levanté, volví a

ponerme delante terminando la faena. La plaza, agradecida, me pidió las dos orejas ¡Aquella tarde fue un auténtico faenón, de las que marcan un antes y un después!

Mi recuperación la pasé en una pensión en el centro de Sevilla. Aquellas tardes, con el pie aún vendado, me escapaba hasta un bar taurino cercano a la calle Zaragoza. Allí se juntaban toreros, aficionados y viejos sabios del tendido, de esos que han visto más toros que años tienen. Me sentaba despacio, apoyando el pie ¡Sin darme cuenta acababa metido en la tertulia!

—Tú eres el chaval que toreó el otro día en la Maestranza, ¿no? —me dijo uno, con la copa de vino en la mano—. El que se levantó después del revolcón.

—Ese mismo —respondí—. *Curro Limones, pa serví a ustedes.*

—Pues olé tus bemoles, muchacho —saltó otro—. *Eso no lo hace cualquiera.* El toro te cogió de verdad, pero no te arrugaste.

—El toro me ganó la pelea —dije yo—, pero no la faena. Mientras pueda ponerme delante, ahí estaré.

—Eso es torería, niño —sentenció un viejo aficionado, apoyado en la barra—. *La Maestranza no perdona mentiras, y tú no mentiste.*

—A mí me gustó cómo llevabas la muleta —añadió un compañero—. Bajita, mandona, al toro lo tenías *comío*.

—Uno aprende escuchando —respondí—. Aquí hay más escuela que en muchos libros.

—Quédate en Sevilla, Curro —dijo otro—. Aquí es donde se hacen los toreros de verdad.

Yo miré el vaso, el humo, las caras gastadas por los años, pensé que, aunque el pie dolía, el alma estaba en su sitio.

Mi carrera profesional se consolidó aún más cuando Víctor Manuel Pérez Herrera, *Vito II*, se convirtió en mi apoderado. Para mí fue un orgullo difícil de explicar. Mirando hacia atrás, se me agolpaban en la memoria todos los pasos dados, todas las fatigas, los miedos, las noches sin dormir que habían quedado en el camino hasta llegar a ese momento. Entre todos esos recuerdos, aparecía siempre la figura de mi amigo José Antonio, *el Campiñé*, compañero inseparable de aquellos años duros, de los rastros, de los saltos al ruedo; ¡De los sueños compartidos cuando no teníamos nada!

Don Víctor no era un cualquiera. Apoderaba a figuras del toreo de la talla de Jaime Ostos, Antonio Bienvenida, Juan García Jiménez, *Mondeño* y los hermanos Peralta, nombres grandes de aquella época. Estar bajo su tutela me hacía sentir que el sueño que había

empezado de niño, entre encierros y sacrificios, empezaba por fin a tomar forma de realidad.

Los inviernos los pasaba en Sevilla, cuando llegaba el verano me marchaba a Madrid, donde alquilé una habitación muy cerca del Palacio de los Deportes. Desde allí, mi apoderado me fue contratando novilladas en plazas cercanas a la capital. Toreé varias veces en Las Ventas, cortando orejas, dejando mi nombre escrito en la plaza más exigente del mundo.

También volví muchas veces a Valencia, hasta en siete novilladas, recorriendo de nuevo aquellos caminos que tanto significado tenían para mí. Cada viaje removía los recuerdos de la primera vez que llegué a esas tierras junto a mi amigo el Campiñé: Gandía, Xátiva, las pensiones humildes, los días de hambre y esperanza.

De Valencia a Barcelona, donde debuté como novillero en la Monumental con un gran éxito. Desde allí di el salto a Arles, en Francia, donde toreé dos novilladas a 65.000 pesetas cada una, una recompensa que confirmaba que el esfuerzo empezaba a sonreírme.

Ahora regresaba como una promesa reconocida del toreo, con la muleta en la mano y el temple aprendido en cientos de faenas, pero en el fondo seguía siendo el mismo muchacho que había salido de su pueblo con un hatillo, ¡ con un sueño!

Durante mi estancia en Madrid, como solía hacer en Sevilla, frecuentaba algunos bares donde se juntaban toreros y aficionados. Un día entré con una camisa amarilla, llamando la atención sin querer.

—¡Eh, amarillo! —me soltó una señora entre risas—. ¿Eres supersticioso, torero? —Yo, ¿supersticioso? —respondí, encogiéndome de hombros—. Para nada. —Pues tu apoderado, Vito II —dijo señalando mi camisa—, sí lo es. Con este color tiene más cuidado que con un toro bravo. Me quedé mirando mi camisa y no pude evitar pensar: *“Bueno, pues habrá que tratarla con más respeto que a algunos toros, por si acaso”*.

En fechas próximas volví a las Ventas. Aquella novillada prometía, y al mirar, vi a mi apoderado en la barrera, atento a todo. Mi mozo de espadas llevó mi capote de paseo, de color amarillo apoyándolo a su lado, pero Vito II lo rechazó como si el color mismo fuera un mal augurio. Me sentó tan mal que, al salir al ruedo al colocarme frente al burel, al dedicarle la suerte, no pude contenerme: —¡Desde hoy mismo usted no me apodera más!

Hoy me pregunto si no me precipité, si aquella decisión fue demasiado impulsiva. Lo cierto es que, una vez más, me quedé sin apoderado, dejando mi carrera a la suerte de la plaza y de mi propio arte.

Con el paso de las novilladas y el nombre empezando a sonar en los carteles, comencé a sentir que algo se estaba moviendo por dentro. Ya no era solo torear; en el ambiente se respiraba otra cosa. En las plazas, en los callejones, en los corrillos de aficionados, empezaban a escucharse la palabra *alternativa*, dicha en voz baja, casi con respeto. Yo la oía, pero no la buscaba. Sabía que ese paso no se da a la ligera, que llega cuando el cuerpo, la cabeza y el alma están preparados.

Por las noches, solo en la habitación de la pensión, pensaba en lo que significaba cruzar esa frontera. Convertirse en matador no era solo vestirse de luces; era asumir una responsabilidad mayor, enfrentarse a toros con toda su verdad, dejar atrás para siempre al novillero. A veces me preguntaba si aquel muchacho que había sido maletilla, que había dormido en cocinas y corrales, estaba listo para dar ese salto. Otras veces, sin embargo, sentía que todo lo vivido me había preparado precisamente para ese momento. La alternativa aún no tenía fecha ni plaza, pero ya se asomaba en el horizonte, como una puerta entreabierta que tarde o temprano habría que cruzar.

En los momentos más inesperados siempre aparece la esperanza, como un rayo de luz que se cuelga por una ventana entreabierta. Así fue. El administrador de Jaime Ostos me ofreció la alternativa en Madrid.

El 17 de abril de 1966, con toros de María Matea Montalvo, siendo padrino Gregorio Sánchez y testigo Efraín Girón, tomé la alternativa con el toro Harinero, número 115, de 488 kilos. Pero la suerte no estuvo de mi lado. Fue una corrida muy mala, con reses mansas y deslucidas. Apenas pude ligar seis pases; el toro se refugiaba constantemente en tablas, no fui capaz de cuajar una faena como soñaba. Aquella tarde me dejó un sabor amargo.

Unos meses después, el 17 de julio del mismo año, volví a Las Ventas con el corazón encendido y la firme intención de resarcirme. Se lidiaban toros de una ganadería portuguesa, bien armados pero traicioneros, de esos que no permiten el más mínimo tropiezo ¡El descuido llegó! En uno de los pases sufrí una de las cogidas más graves de mi vida: el pitón me alcanzó el muslo, dañando la femoral.

La sangre corría a borbotones. Al verla fluir sentí que me iba. Pensé, de verdad, que no lo contaba. Perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba en el Sanatorio de Toreros. El miedo me recorrió entero al abrir los ojos, temiendo lo peor, preguntándome si volvería a ponerme un traje de luces, pero seguía vivo. Y en ese instante comprendí que, aunque el toro me había vencido aquel día, la vida aún no me había dicho su última palabra.

Aquella cornada no solo me abrió la pierna, también me abrió los ojos. En aquella cama del sanatorio, con el cuerpo vencido y la sangre aún caliente en la memoria, desfiló ante

mí toda una vida. No lugares ni fechas, sino etapas: el niño que pasó frío, el muchacho que soñó con el traje de luces, las primeras aventuras con José Antonio *El Campiñe* por los encerrados de don Félix; ¡El hombre que se jugó la vida por una verdad! Comprendí que no se vive una sola vez, que cada herida inaugura una existencia nueva. Entre el dolor y el silencio, supe que, si volvía a ponerme delante del toro, ya no sería por gloria, sino por fidelidad a todo lo que había sido.

Cuando me recuperé de la cogida, me marché a vivir a Barcelona. Me alquilé una habitación enorme, casi un apartamento, con todas las comodidades: baño propio, cocina, una cama grande de verdad. Aquello me parecía un lujo impensable. Muchas noches, tumbado allí, mi pensamiento se me iba solo al pasado. Recordaba cuando tenía que dormir sentado en una silla o sobre un banco, en la cocina de la casa del pueblo, buscando el calor de la lumbre. O aquellas veces que me metía en un pesebre de paja, rodeado de animales, arrimándome a su calor para no helarme. La vida me había puesto al borde de la muerte, pero también me había cambiado el destino. Me sentía orgulloso del camino recorrido.

Toreé en la Monumental de Barcelona ya como matador de toros, aunque la tarde no fue como había soñado. Después vinieron otras plazas: Gerona, San Feliú de Llobregat, Lloret de Mar, Inca en Mallorca, pero los contratos empezaron a escasear. Entré en una etapa difícil, tanto en lo personal como en lo profesional. Las cuentas no salían; me vi obligado a buscar trabajo para poder seguir adelante. Entré en la empresa Margaret Astor como transportista. Trabajaba de día, toreaba cuando salía algo. A pesar de la mala racha, no abandoné nunca mi sueño. Aquella situación me hacía pensar sin descanso en el futuro, en qué sería de mí el día que ya no pudiera vestirme de luces.

Paseando por el centro de Barcelona, muy cerca de Las Ramblas, vi un cartel de “se vende” en un local comercial. No lo dudé. Invertí todos mis ahorros y pedí un préstamo para completar la compra. Allí abrí un pequeño supermercado que, con el tiempo, empezó a dar buenos beneficios permitiéndome saldar la deuda más rápido de lo que imaginaba. Dejé el trabajo de transportista centrándome en atender el negocio, sin dejar del todo los toros, combinando el mostrador con las corridas que aún me surgían. Por primera vez, sentí que estaba asegurando mi porvenir sin traicionar del todo al torero que llevaba dentro.

Había aprendido a sobrevivir, a caer y levantarme mil veces. El ruido de las plazas empezaba a apagarse, en ese silencio comenzó a latir otra historia, más callada, más honda, más verdadera. La vida me guardaba la faena más hermosa: amar y volver a casa.

Una de las tareas más importantes del supermercado era la compra a distintos proveedores. Al principio, sin experiencia en ese mundo, tengo que reconocer que me costaba elegir las opciones más beneficiosas para mi negocio. Fue entonces cuando

apareció Juana, una empresaria viuda, con una inteligencia práctica admirable junto a una experiencia enorme. Gestionaba varias empresas: más de diez supermercados, camiones, incluso una peluquería. Su agilidad para negociar, su manera firme de tratar con los proveedores me llamó poderosamente la atención. Observándola aprendí mucho, hasta que un día me atreví a acercarme y pedirle ayuda para gestionar mejor mis compras.

Por entonces ya había dejado definitivamente el toreo dedicando todo mi tiempo al negocio. Juana me ayudó sin pedir nada a cambio. Cada vez que iba de compras me ponía en contacto con ella; nos asesorábamos mutuamente, comprábamos para los dos, empezamos a vernos con frecuencia, siempre por motivos profesionales. Más adelante le pedí ayuda también con la gestión económica del supermercado ¡Aceptó sin titubear!

Por las tardes venía a la tienda, pasábamos allí horas trabajando juntos. Sin darnos cuenta, entre cajas, números y estanterías, empezamos a compartir algo más que trabajo: compartíamos la vida. El amor, que ambos creíamos dormido para siempre, renació despacio, sin ruido, con la naturalidad de lo verdadero.

Su llegada al negocio fue decisiva. Los resultados no tardaron en notarse: los beneficios crecieron de forma asombrosa. Pero lo más importante no estaba en las cuentas, sino en la confianza que se iba consolidando entre nosotros, en un amor que cada día se hacía más profundo. Hasta que surgió, casi sin proponérselo, el compromiso de compartir la vida juntos.

Un día, me miró diciéndome: —¿Quieres que me vaya contigo, normalicemos nuestra relación y trabajemos juntos?

Acepté sin pensarlo. Era, sencillamente, lo que más deseaba en este mundo. Un regalo de Dios llegado para colmar de gozo una vida marcada por la lucha.

Pasaron cuatro años de felicidad antes de mi jubilación; gestionando los negocios, compartiendo tiempo, disfrutando de nuestras familias. Cuando llegó el momento de retirarnos, le planteé a mi mujer una necesidad profunda: volver a mi pueblo. Deseaba pasar mis últimos años en el lugar que me vio nacer. Una vez más, su respuesta me emocionó: no lo dudó.

Alquilamos el negocio, compramos una casa en La Luisiana y un buen coche para el traslado. Regresamos al pueblo, donde actualmente seguimos viviendo.

Hoy vivo rodeado de recuerdos, con una vida tranquila junto a Juana. Ella dedica parte de su tiempo a ayudar, desde una asociación, a mejorar la vida de las mujeres del

pueblo. Yo, agradecido, miro atrás comprendiendo que, después de tantas batallas, **la vida me concedió el triunfo más grande: amar y ser amado.**

La gran faena de mi vida no se hizo en una plaza ni con un toro delante, sino en el camino recorrido, en el amor encontrado, ¡En volver a casa!

Autor: Julio Jiménez Cordobés.